

# **Dr. Kevin E. Frederick, Valdenses, Conferencia 12, Armados hasta los dientes, Henry Arnold, El glorioso regreso, 1685 a 1690** © 2024 Kevin Frederick y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión 12, Armados hasta los dientes, Henry Arnold, El glorioso regreso, 1685 a 1690.

El sermón se titula Armados hasta los dientes y es una historia del glorioso regreso, que se celebra en las comunidades valdenses de todo el mundo donde hay comunidades valdenses.

Todos los años, en agosto, la dirigía un hombre llamado Henri Arnold o Henry Arnold. Henri Arnold era ministro, por lo que su liderazgo a menudo incluía un liderazgo espiritual muy fuerte, así como un liderazgo militar.

Por eso, quiero compartir con ustedes un extracto de un salmo que fue escrito o leído en realidad en ese momento, la última noche antes de que se enfrentaran a su inminente muerte. Se les leyó este salmo y luego se les predicó un sermón basado en él. Todos los días del glorioso regreso, a partir de agosto de 1689 y hasta mayo de 1690, Arnold dirigió a los combatientes con un sentido de concentración espiritual.

Él los guiaba en la oración y en las Escrituras, predicándoles una vez al día, lo cual es una hazaña notable para cualquier ministro. Del Salmo 68, estoy leyendo extractos de los versículos 1 al 6, 17 al 22 y 28 al 35. Que Dios se levante.

Que se dispersen sus enemigos, que huyan de su presencia los que lo odian. Así como se dispersa el humo, así los dispersará.

Como se derrite la cera delante del fuego, así perezcan los malvados delante de Dios, pero los justos se alegren y se alegren delante de Dios.

Que se alegren y canten a Dios. Canten alabanzas en el nombre de Dios.

Cantad cánticos al que cabalga sobre las nubes. Su nombre es el Señor. Estad exultantes ante él.

Padre de huérfanos y protector de viudas es Dios en su santa morada. Dios da morada a los desolados. Conduce a los cautivos a la prosperidad, pero los rebeldes viven en tierra reseca.

Con poderosos carros de guerra, millares y millares, el Señor vino desde el Sinaí al lugar santo. Subiste al monte alto, llevando cautivos en tu séquito y recibiendo dones de la gente, incluso de aquellos que se rebelaron contra la morada del Señor Dios allí. Bendito sea el Señor que nos sostiene todos los días.

Dios es nuestra salvación. Nuestro Dios es el Dios de la salvación, y a Dios el Señor pertenece el escape de la muerte. Pero Dios quebrantará la cabeza de sus enemigos, la coronilla de los que siguen sus caminos malvados.

El Señor dijo: "Los haré volver de Basán. ¡ Haz, oh Dios, tu fuerza! ¡Muestra, oh Dios, tu poder, como lo has hecho antes con nosotros!"

Por tu templo de Jerusalén los reyes te traen presentes. Reprende a las fieras que viven entre los juncos, a la manada de toros con los becerros del pueblo. Pisotea a los que codician tributos.

Dispersad a los pueblos que se complacen en la guerra. Lleven el bronce a Egipto. Apresúrese Etiopía a extender sus manos hacia Dios.

Cantad a Dios, reinos de la tierra; cantad alabanzas al Señor. Cantadores de los cielos, cielos antiguos, escuchad.

Él da su voz, su voz poderosa. Atribuyan poder a Dios, cuya majestad está sobre Israel, cuyo poder está en los cielos. ¡Temible es Dios en su santuario, el Dios de Israel!

Él da poder y fuerza a su pueblo. Bendito sea Dios. Esta es la palabra del Señor.

Gracias a Dios. Que Dios se levante y los enemigos se dispersen. En la mañana del 14 de mayo de 1690, después de un asedio de casi ocho meses, los combatientes valdenses se reunieron para escuchar a su predicador y comandante militar, Henri Arnault, y para prepararse mental, física y espiritualmente para el asalto final de las tropas enemigas.

Las defensas de los valdenses habían sido bombardeadas implacablemente por cañones durante días, y en un período de dos semanas, los valdenses habían sido obligados a retroceder por la ladera de la montaña hasta su última línea de defensa, un lugar llamado Pan de Zucara , el pan de azúcar, un afloramiento rocoso en la cima de una cresta que parecía tener la forma de una hogaza de pan. Los 347 hombres supervivientes que se reunieron para adorar a la luz del amanecer de esa mañana, casi sin provisiones ni municiones, anticiparon que el 14 de mayo de 1690 podría muy bien ser su último día en la tierra. Llevaban consigo esa mañana el peso de saber que si eran derrotados y destruidos, sus esposas, hijos y otros valdenses , con toda probabilidad, nunca regresarían a reasentarse en su amada patria.

Desde un punto de vista humano, toda esperanza parecía perdida. Se volvieron hacia su líder, Henri Arnault, y hacia Dios en esa fatídica mañana, cantando el Salmo 68, conocido como un salmo de acción de gracias y liberación, escuchando un sermón sobre la gracia providencial de Dios y esperando contra toda esperanza y contra todo pronóstico insuperable que sobrevivirían a este asedio. Arnault trató una vez más de infundir fuerza, guía y dirección dentro de un pequeño grupo de fuerzas combatientes recurriendo a Dios.

Arnault nació en 1641 en Latour, más tarde llamada Torapelachi , y comenzó siendo adolescente al servicio de Guillermo de Orange como soldado. Arnault ascendería rápidamente al rango de capitán en el ejército de Guillermo de Orange. A finales de sus treinta, dejó el ejército y se formó como pastor, y a principios de la década de 1680 estaba sirviendo en una congregación.

En 1685, el rey francés Luis XIV revocó el Edicto de Nantes, un acuerdo que otorgaba a los protestantes hugonotes de Francia el derecho a adorar a Dios como quisieran. Luis XIV consideraba que la existencia de dos religiones en un Estado era un signo de debilidad. Como resultado, en 1685, Luis buscó crear una nación unificada en la fe y ordenó la eliminación total de todos los protestantes en Francia.

Muchos hugonotes fueron ejecutados y muchos más fueron exiliados a Suiza y Alemania. Al año siguiente, 1686, con la alianza del duque de Saboya y sus tropas saboyanas, Luis XIV amplió su purga religiosa a los valdenses de la región alpina de los Alpes cocios.

En mayo de 1686, bajo el mando del comandante Nicolás Catinat, las tropas francesas purgaron las tierras de los valdenses. De un total de 14.000 valdenses, los soldados capturaron y encarcelaron a 8.500 hombres, mujeres y niños. En tres días de combate murieron 1.600 personas más.

Otros 2.000 se convirtieron al catolicismo y varios cientos escaparon al exilio en Ginebra, dejando un grupo relativamente pequeño de menos de 1.000 combatientes que llegaron a ser conocidos por aliados y enemigos por igual como los Invencibles. De las 8.500 personas que fueron encarceladas, más del 60 por ciento murió de hambre, sed y enfermedades durante los siguientes ocho meses. A finales del otoño de 1686 se acordó un tratado entre los Invencibles y Luis XIV, junto con su aliado, el duque de Saboya.

Los Invencibles prometieron abandonar los valles para dirigirse a Suiza a cambio de la liberación de los prisioneros supervivientes, que también serían exiliados a Suiza. Bajo la custodia de las tropas de Saboya, más de 3.000 prisioneros, la mayoría de los cuales estaban mortalmente enfermos y demacrados, fueron liberados de sus prisiones sólo para hacer un largo viaje a pie por los Alpes en pleno invierno hasta

Ginebra. De los más de 3.000 prisioneros que fueron liberados para hacer el viaje, menos de 2.300 llegaron con vida.

En cambio, de los 14.000 valdenses que habían vivido en los Alpes Cocios en la primavera de 1685, sólo 3.381 seguían con vida como exiliados en Ginebra menos de un año después. Y esos supervivientes fueron recibidos y cuidados con cariño por los ciudadanos calvinistas de Ginebra. Un mes después de su llegada, los dirigentes valdenses empezaron a planificar la recuperación del valle de manos de las tropas francesas y empezaron a solicitar apoyo financiero y asistencia de las naciones protestantes de toda Europa.

Después de dos intentos fallidos de regresar durante los dos años siguientes, llegó el momento de actuar la noche del 16 y 17 de agosto de 1689. Henri Arnault, comisionado por Guillermo de Orange, ahora con el rango de coronel, había logrado recaudar dinero de Inglaterra y de las naciones protestantes para equipar una campaña militar para recuperar las tierras de los valdenses. Arnault reunió a 900 hombres valdenses y hugonotes en las orillas del lago de Ginebra para comenzar la travesía de 130 millas por las montañas alpinas.

Antes de que pudieran abandonar la región del lago, más de 200 de sus hombres y sus principales comandantes militares fueron capturados por las autoridades civiles católicas. Fueron encarcelados y luego asesinados. Casi 700 hombres comenzaron la ardua marcha hacia el sur a través de numerosas cadenas montañosas y al principio encontraron una resistencia mínima.

Pero la noticia de su movimiento se difundió a veces antes que ellos, y las emboscadas y los intentos de los funcionarios católicos locales de retrasar su marcha se hicieron cada vez más numerosos. A mitad de camino, se enfrentaron a la resistencia más importante, con una fuerza francesa abrumadora de 2.500 soldados franceses en el puente de Salbertron . Bajo un fuego fulminante de mosquetes, Arnault perdió varias docenas de hombres.

Aunque los combatientes valdenses infligieron pérdidas mucho mayores a las tropas francesas y las expulsaron de su defensa del puente, durante el viaje de regreso, Arnault perdió varias docenas de sus hombres que no pudieron seguir el ritmo incesante de su marcha forzada. Y cuando entraron en los valles valdenses, su fuerza de combate se redujo a 600 hombres.

Apenas once días después de salir de Ginebra, tras atravesar lluvias torrenciales y picos de montañas cubiertos de nieve, los combatientes valdenses estaban de vuelta en sus valles. A menudo, cuando los franceses se enteraban de su presencia en un lugar determinado, los valdenses ya se habían adelantado a las tropas francesas antes de que pudieran montar un ataque creíble. La velocidad del ejército de Arnault fue una de sus tácticas más fuertes, lo que aseguró su exitoso regreso a su patria.

Al llegar al corazón del valle de Lucerna, los 200 hugonotes de Francia que habían luchado junto a los valdenses desde que salieron de Ginebra se separaron y regresaron a sus países de origen en la región del Delfín de Francia. Trágicamente, este grupo de combatientes fue capturado más tarde por el ejército francés. Todos fueron asesinados o forzados a servir como esclavos de galeras en barcos franceses.

A finales de septiembre, perseguidos por una fuerza de 10.000 soldados franceses bajo el mando de uno de los mejores comandantes militares franceses, el general Nicolas Catinat, la fuerza de combate de Arnault contaba ahora con aproximadamente 400 hombres. Como necesitaban una posición defensiva natural, Arnault discutió con sus hombres la recomendación del brillante estratega militar valdense John Avel, que le hicieron en Ginebra mientras John Avel vivía en el exilio. John Avel creía que un lugar llamado Basilia en el valle de Germanosca era la fortaleza natural más defendible que se podía encontrar dentro de las fronteras de sus tierras natales.

Los hombres estuvieron de acuerdo por unanimidad y, en la tercera semana de octubre, llegaron a Basilia y comenzaron a erigir refugios y defensas en la montaña. Arnault envió tropas para recuperar suministros de alimentos de las aldeas abandonadas y se enfrentó a los colonos católicos de la zona para poder sobrevivir. Durante el otoño de 1689, Catinat atacó repetidamente la fortaleza de los valdenses con su abrumador ejército de 10.000 soldados franceses, pero los valdenses se defendieron con balas y rocas y tácticas de guerrilla imprevistas hasta que llegaron las nevadas de finales de otoño.

Los franceses se retiraron a finales de octubre a sus cuarteles de invierno en Pinarola, a unos 40 kilómetros de distancia. Algunos valdenses que habían vivido en esta zona antes de la expulsión a Ginebra le contaron a Arnault que habían sacado una piedra de molino de un molino cercano y la habían enterrado en la arena para protegerla de las manos católicas. Un pequeño equipo de hombres desenterró la piedra de molino y pronto la devolvió a su estado de funcionamiento en el molino, lo que proporcionó a los combatientes los medios para hacer harina con los granos que habían recogido de los pueblos abandonados.

Durante este tiempo, los hombres valdenses sobrevivieron con una dieta de subsistencia a base de cualquier grano y hierba que pudieran reunir, pero a mediados de febrero, casi todos sus alimentos se habían agotado. Por esa época, un cálido viento chiraco derritió la nieve de los valles alpinos y dejó al descubierto debajo de ella campos de maíz, centeno y avena sin cosechar que habían permanecido allí durante meses antes. Justo cuando más lo necesitaban, milagrosamente se les proporcionó suficiente grano para abastecerse durante el asedio.

A finales de abril de 1690, los 10.000 soldados franceses abandonaron su campamento de invierno en Pinarola y marcharon de nuevo hacia Basilia para un asalto final. Durante los meses de invierno, Luis XIV había persuadido al duque de Saboya para que aportara 12.000 soldados saboyanos más a la campaña, y los franceses parecían tener asegurada la victoria contra la resistencia valdense. Con el regreso de la primavera a la región, se concentraron 22.000 soldados en el valle que se encuentra debajo de Le Quatre dents, que son los Cuatro Dientes, para derrotar al resto de los menos de 400 hombres valdenses.

Cuando estuve allí hace unos años, pude tomar fotografías y sí, esas montañas parecían cuatro dientes, uno tras otro, y de ahí proviene su nombre y el título del sermón. El 30 de abril, Catinat seleccionó a 4.000 de sus mejores tropas para llevar a cabo un asalto frontal contra los valdenses. Se enviaron dos regimientos a montañas más altas con vistas a la Basilia, pero la nieve tenía muchos metros de profundidad allí y los soldados tuvieron dificultades para llegar a esas altas crestas, lo que provocó que la mayoría de los soldados sufrieran exposición y congelación debido a las duras condiciones climáticas.

A media tarde del 2 de mayo, las tropas francesas y saboyanas lanzaron un ataque mal coordinado contra los defensores valdenses, casi al mismo tiempo que una fuerte tormenta de nieve azotaba las altas cumbres. Las columnas atacantes fueron completamente rechazadas por los defensores valdenses y derrotadas por un contraataque en medio de la tormenta de nieve. Cientos de tropas francesas y saboyanas murieron sin que se perdiera ni un solo defensor valdense.

Catinat y su comandante pasaron los siguientes diez días planeando un asalto final y esperaron mientras la mayor parte de la nieve en las elevaciones más bajas se descongelaba con el sol primaveral. Se había traído la artillería y los cañones bombardearon las defensas de los valdenses, obligándolos a retroceder a la montaña hasta su fortaleza final, Pan di Sucre. El 14 de mayo, los 347 valdenses restantes estaban completamente rodeados, enfrentándose a tres regimientos en el valle de abajo en su frente y flancos y dos regimientos que se habían posicionado en las altas crestas alpinas por encima y detrás de donde estaban las líneas de defensa valdenses.

Equipos de carros tirados por mulas, cada uno con una horca portátil encima, esperaban la inevitable derrota y captura de los combatientes valdenses. Los supervivientes serían ahorcados y sus cuerpos desfilarían por las calles de pueblos y ciudades en el regreso a Turín. Tanto Arnaud como Catinat eran muy conscientes de que al día siguiente se produciría la derrota de la resistencia valdense.

Pero esa tarde, una espesa niebla se extendió por las montañas, y mientras los valdenses discutían sus posibles estrategias, el capitán Philippe Tran Poulat, un hombre que creció jugando y cazando en estas montañas, sugirió un plan de escape

por la ruta menos transitable para bajar de su fortaleza, creyendo que era la menos probable de ser patrullada de los ejércitos circundantes. Los valdenses prendieron fuego a sus fogatas para que los franceses pensarán que todavía estaban allí. Mientras tanto, Poulat guió al grupo de hombres hombro con hombro a través de la densa niebla, recurriendo a menudo a arrastrarse sobre manos y rodillas sobre el precipicio a través de las bien defendidas líneas francesas.

En un momento dado de su huida, uno de los valdenses, que de repente tuvo que usar ambas manos para sostenerse, dejó caer sin querer una tetera de metal de sus manos, que cayó por la ladera de la montaña con un estruendo. El pequeño grupo de hombres se detuvo en seco y oyó a un centinela francés gritar: «¿Qui veve ? ¿Quién es?» en la niebla. Pero no hubo respuesta y el centinela desestimó el ruido, y los valdenses, con el corazón en la garganta, procedieron a descender por los empinados acantilados al amparo de la densa niebla.

Por la mañana, el ejército valdense al completo fue avistado en una loma a medio día de viaje de su fuerte. Todos, salvo unos pocos de los heridos más graves, habían logrado escapar. Una vez más, a Catinat y a su ejército se les negó la victoria que creían que estaba a su alcance, y los franceses los persiguieron durante las semanas siguientes, buscando una solución definitiva a los problemas valdenses mediante su aniquilación total.

Sin embargo, un último factor jugó un papel en el rescate de las fuerzas valdenses. Después de meses de negociación privada con las naciones protestantes de Inglaterra, los Países Bajos y Austria, el duque de Saboya cambió su lealtad de aliado de Francia e inesperadamente unió fuerzas con las naciones protestantes en un esfuerzo por contener al monarca más poderoso de toda Europa, Luis XIV. El duque había enviado emisarios para reunirse con los valdenses y prometerles su libertad si se unían a sus esfuerzos para ayudar a derrotar a los franceses.

Los valdenses no dudaron en dar su total lealtad una vez más al duque de Saboya y, durante los años siguientes, fueron de gran ayuda para el duque a la hora de librar a los franceses de su reino. Cuando todo estuvo dicho y hecho, no sólo un pequeño grupo de combatientes sobrevivió al glorioso regreso a sus valles, sino que sobrevivieron a estar enterrados en la cima de una montaña durante ocho meses en medio de un duro invierno a base de alimentos que habían encontrado en casas y pueblos abandonados. No sólo sobrevivieron a repetidos ataques de un ejército muy superior y mucho mejor equipado, sino que, cuando toda esperanza parecía perdida, lograron escapar con éxito de las inevitables garras de dos ejércitos superiores que los superaban en número en una proporción de más de cincuenta a uno y los habían rodeado por completo.

Arnault preguntó a sus lectores de su puño y letra en el glorioso retorno: ¿Cómo puede explicarse esto, sino por la mano de Dios? Fue muy notable que los granos de

los valles que rodean Basilia no se cosecharon durante la temporada de crecimiento en 1689 y solo se descubrieron para la cosecha de febrero a abril de 1690. Henri Arnault, que dirigía a sus hombres cada día como pastor con oraciones devotas por la mañana y por la tarde y durante toda la campaña, predicó a sus hombres varias veces por semana; años después, al redactar sus memorias, reflexionó sobre el sitio de Brasilia. ¿Puede alguien, preguntó, negarse a reconocer la mano de la Providencia en esta circunstancia extraordinaria de que a los vadois se les permitió hacer su cosecha no en medio del verano sino en medio del invierno? Y respondemos esta mañana con las primeras palabras del Salmo 68, que estos hombres cantaron cuando toda apariencia de esperanza parecía perdida: que Dios se levante y sus enemigos se dispersen.

de nuevo : ¿o acaso Dios habría podido inspirar a un puñado de personas, desprovistas de oro y plata, de cualquier otro socorro terrenal, el valor de ir a hacer la guerra contra un rey que en aquel momento hacía temblar a toda Europa? Que Dios se levante y sus enemigos se dispersen. Arnault continúa: ¿es posible imaginar que sin una protección absolutamente divina, esta pobre gente, alojada en la tierra casi como muertos y durmiendo sobre paja después de haber estado bloqueada durante ocho meses, hubiera podido triunfar por fin? Que Dios se levante y sus enemigos se dispersen. Arnault reflexiona también sobre la mano providencial de Dios en los acontecimientos meteorológicos en esas montañas, incluida la tormenta de nieve del 2 de mayo, el día del asalto coordinado de las tropas francesas y saboyanas, junto con la niebla que llegó para protegerlas el 14 de mayo, cuando toda esperanza parecía completamente perdida.

Que Dios se levante y sus enemigos sean dispersados. ¿No parece como si Dios dijera que al conservar ese grano en la tierra durante ocho meses, lo hizo para alimentar a este pueblo perseguido durante las penalidades del invierno y del asedio? Estos son mis verdaderos hijos, mis elegidos y amados, a quienes me complace alimentar en mi providencia. Que su tierra de Canaán, a la que los he traído de regreso, se alegre de verlos nuevamente y les haga un regalo inusual y casi sobrenatural.

Arnault concluye: que Dios se levante y sus enemigos sean dispersados. Y yo podría añadir: ¿cómo debemos interpretar estos repetidos éxitos militares y resistencia cuando a menudo se los superaba en número entre 10 y más de 50 a 1? Los valdenses prevalecieron constantemente, numerosas veces contra las tropas entrenadas y disciplinadas del ejército más poderoso de Europa en su época. La lista de bajas del ejército francés a menudo superó los 100 a 1 durante la campaña militar que comenzó en agosto de 1689 y continuó hasta junio de 1690.

Que Dios se levante y sus enemigos sean dispersados. El conocimiento de estos hechos no significó que los valdenses lo tuvieran fácil durante el asedio, ni significó que no lucharan contra la desesperación, pero sí significó que como pueblo sobrevivirían a la inevitabilidad de la muerte a manos de un enemigo armado hasta

los dientes. Para terminar, cito nuevamente las palabras del propio Arnault: “Seguramente debe admitirse que en todos sus problemas y peligros el omnipotente los libró, les dio la victoria en todas sus batallas, los apoyó cuando se desanimaron, les proporcionó lo necesario cuando parecía que debían estar en la indigencia y, finalmente, inspiró a su príncipe, el duque, con la voluntad de restituirlos en su herencia y permitirles restaurar la verdadera devoción a sus iglesias”.

Los acontecimientos tan sorprendentes demostraron que los ejércitos francés y piamonteses fueron ayudados únicamente por la bendición engañosa de Roma, de aquella que quería ser Dios en la tierra, mientras que los de los vadois fueron bendecidos por el gran Dios que es Rey de reyes y no delega su cetro en manos terrenales. Gracias, pues, al Eterno que, al elegir a los vadois como instrumentos de tales maravillas, parece haber sancionado su religión como aquella en la que él sería servido, honrado y obedecido por todos los redimidos. Amén y amén.

Les habla el Dr. Kevin Frederick en su enseñanza sobre la historia de los valdenses. Esta es la sesión 12, Armados hasta los dientes, Henry Arnold, El glorioso regreso, 1685 a 1690.